

LA CAMA GORDA

Virtudes López Perea

Nunca hubiera imaginado entonces que pasados los años, un día, miraría en mi casa a mi pequeño olivo bonsái, confinado en una maceta, prisionero y esclavo, desarraigado de los montes y el cielo, y que al mirarlo sufro como él; también yo alejada de la tierra en la que nací, bajo otro azul y otro horizonte; dando a luz una nueva vida que tal vez en el futuro quiera el mar como yo amo los olivares y las montañas. Rotos ya para siempre los lazos y los vínculos que me unían a la generación de mis padres, y a las otras más antiguas, las que se pierden en la memoria, teniendo todas en común el mismo origen: el pueblo, del que conservo vivamente los recuerdos de la infancia, cuando el futuro no existía; y añorándolo ahora que vivo en la distancia y lo siento siempre cerca.

En aquellos días de la infancia, las cosas podían ser de dos formas: fáciles o difíciles. Ser niño casi siempre entraba dentro de las fáciles, o al menos, la vida era cómoda si superábamos el difícil trance de llegar al mundo; en esas circunstancias, la peor parte la llevaban nuestras madres, que siempre soportaron con resignación y abnegación sumisa la mayor carga de trabajo: el cuidado de los hijos y el marido, la casa; labores, esas sí, que siempre eran de las difíciles. Una total entrega por la que casi nunca recibieron nada a cambio.

Yo nací en la casa de la abuela, y más concretamente en la Cama Gorda; tan portentosa ella que mereció ser distinguida con un nombre propio que la diferenciara de las otras camas de la casa, más vulgares y corrientes, que tenían discreta forma y tamaño normal. Ella sin embargo, era tan majestuosa, tan alta y monumental, que trepar hasta arriba era trasladarme a una dimensión mágica. Subida en el mullido colchón de lana de nube, tan blandito y cómodo, saltaba y disfrutaba del tintineo que producían sus bolitas doradas que continuamente desenroscaba y volvía a atornillar, convirtiéndose este en un divertido ritual que nunca perdió interés; más de una de estas bolitas acabó perdida, dejando en la cama algunos huecos mellados para siempre. Cuatro enormes esferas doradas y relucientes coronaban

la Cama Gorda en sus cuatro esquinas y le daban ese aire pomposo que siempre me fascinó; en ellas miraba con extrañeza el reflejo de mi cara deformada mientras ensayaba monerías y guiños, y al ver la imagen aparecida me reía de buena gana antes de adormecerme en ella, abrazada por la dulce tibieza de las mantas, el beso de buenas noches y la almohada con la que tiernamente me habían acurrucado. Por la mañana, miraba embobada el maltrato al que el colchón era sometido para borrarle las trazas que el sueño había dejado en él, en forma de pequeños hoyos en la lana blanda; era apaleado y vapuleado por mi madre y mi abuela con una maestría inigualable, hasta quedar otra vez mullido y esponjoso, de nuevo incitador y atrayente, preparado para nuevos juegos y nuevos sueños.

Fue en la Cama Gorda donde, en primavera, abrí los ojos a la luz por primera vez; en la misma cama donde antes otros habían nacido y otros habían muerto; la que fue testigo de dulces sueños, pesadillas, alegrías, sufrimientos y de la inauguración de radiantes amores entre blancas sábanas bordadas. Allí, en la puerta mágica donde se enlazan los eslabones de la vida y la muerte; ese día sólo había lugar para la vida, llegada a manos de Elena, la comadrona; fue ella quien vio mi cara por primera vez, tan experta que ya supo muchas cosas de mí sólo con verme.

Nacer en casa entonces era lo normal, aunque yo no lo sabía; a mis hermanos y los hermanos de los vecinitos, los traía la cigüeña, aproximadamente cada dos años. Sucedió de pronto, una mañana había llegado un nuevo miembro a la familia -ignorando toda la actividad que debió haber durante la noche- emocionada iba a conocerle y le veías allí, con la madre, minúsculo y sonrosado; cuidadosamente abrazados los dos por la tibieza de la cama, regalando y reforzando la vida, protegiéndoles con su energía y calor, sostenidos por sus gruesas patas. Un nuevo anillo forjado en la cadena de la vida, fuerte y constante; enlazando esa nueva vida con otras que nacían igual: en la casa de al lado, en la misma calle, en el mismo pueblo; compartiendo todos la misma casualidad y el mismo destino que nos enseñó el mundo en ese minúsculo punto del universo, rodeado de montañas y campos de olivos infinitos y lineales; a pisar las mismas calles y compartir ese punto de orgullo de sentirnos diferentes y especiales porque sólo nosotros nacimos allí.

Así llegados, la vida empezaba su recorrido; de los primeros años sólo permanece el recuerdo de libertad: la que daba la calle con sus juegos y los amigos; esos amigos de los que es imposible recordar el momento en que les conocimos, los que nunca nos fueron presentados porque siempre estuvieron allí; seguramente nacimos con algunos días de diferencia, aprendimos a andar en la misma calle, fuimos juntos al colegio y a partir de cierto día nuestras vidas siguieron rumbos diferentes. En algunos casos los lazos de la amistad se rompieron para siempre, como pasó con la Mari “chica” que era como todos la conocíamos, para diferenciarla de la Mari “grande”, y otros que también un día se fueron y se refugian en los recuerdos para no ser perpetuamente olvidados, evocaciones en las que resuena su voz o ves una imagen que llega sin avisar, vidas inmortalizadas en las casas que habitaron.



Aún tengo en la mente la sensación de placidez que sentía sólo por notar el calor del sol una mañana de verano, recién levantada, con las trenzas pulcramente peinadas y tan estiradas que dolían, la piel de la cara acartonada por el jabón y enrojecidas las orejas por el refregado que me acababan de dar; esperaba sentada en el escalón de la puerta que “Mada”, la amiga, saliera a jugar a la calle, disfrutando del cielo que nunca es tan azul en otro sitio y de las montañas –las gemelas- que podía ver desde allí. Todo era tranquilidad, serenidad y sosiego; una paz que raramente se siente y se llama felicidad, sólo que aún no tenía nombre para nombrarla.

Pocas cosas interrumpían los días que pasaban despacio, allí en nuestra calle, que era nuestro reino y nuestro feudo. El tiempo era algo abstracto que transcurría a su aire, sólo marcado por los horarios de las comidas y después, cuando oscurecía y mirábamos ya de reojo los aleros de los tejados, con ese miedo a que algún día los veríamos

juntarse y el hombre del saco vendría a llevarnos; pasando así las horas, sin conocer el aburrimiento ni el cansancio. El frío o el calor nunca fueron impedimento para estar en la calle; esperábamos jugando hasta que se hacía de noche y llegaba el odiado momento: una a una las madres salían al tranco de la puerta y nos llamaban a gritos y nosotros nos despedíamos dóciles hasta el día siguiente.

Nuestra imaginación estaba poblada de historias que nos habían contado esas noches de verano en que nos reuníamos en alguna tertulia, de las de puerta de la casa rodeada de sillas y niños sentados en la acera; veladas en las que los más viejos nos hablaban de aquel día que empezó la guerra y el cielo se tiñó de rojo, leyendas y patrañas que creíamos a pie juntillas: aquella que hablaba de los prodigiosos cambios de sexo que se producían si algún chico lograba cruzar el arco iris y entonces se convertía, automáticamente, en niña y viceversa. Todos esos cuentos, junto con el miedo que vivía en los rincones oscuros, el temor a beber demasiada agua porque podían crecer las ranas en la barriga, los escupitajos de las salamandras que podían dejar calvo a cualquiera -y siempre había algún pelón que daba fe de que a él, una le había escupido- junto con “¡¡el lobo!!” de Félix Rodríguez de la Fuente, atemorizaban nuestras noches. Sólo la Cama Gorda daba seguridad y calmaba los temores, eso si no sacabas el pie o la mano de sus límites seguros porque en la vieja habitación, apenas iluminada por un ventanuco, creíamos que bajo la cama habitaban terroríficas criaturas sin nombre y sin rostro. Así, abrazada a una muñeca que también tenía frío y miedo, acurrucada en la quietud y el silencio, me dormía un día más.

No cuesta mucho cuando ahora paseo por la que fue mi calle, diferenciar lo viejo de lo nuevo; apenas nada queda de las imágenes que conservo en el recuerdo, tal vez sólo la casa de mis abuelos y alguna otra que se cae poco a poco, olvidada y abandonada por sus dueños, los que se fueron y ya nunca volvieron. Pocos lugares han cambiado tanto con el paso de los años, a no ser el parque, del que sólo quedó en su lugar la farola con su asiento redondo. El barranco blanco fue borrado también de allí, junto con los puentes y los arcos de rosaledas, los recovecos escondidos, las escaleras y los ordenados jardines. Con sus escombros se fueron también los recuerdos de todos los que vivimos aquel lugar, cuando tenía forma de intimidad, de paz,

de primeros besos, de declaraciones de amor, de adolescentes que cantaban y comían pipas en los bancos escondidos entre las flores, de paseos de domingo. El camino del cementerio ya no es de tierra, tampoco están los cipreses que había al margen del sendero, aquel tan alto que acariciaba el cielo en memoria del único fusilado de la guerra, el que murió atado a su tronco. Ningún vestigio queda ya en las calles, trasplantaron también las pulidas losas de piedra que había en la acera de la casa de los Olmedo, enfrente de las monjas y las colocaron en otro sitio donde ya no pueden seguir siendo desgastadas por los niños que la usaban de patín. Sitios e imágenes ya de fotos y de recuerdos.

El Moralejo era el nombre que le daban a la calle donde nació; no era ese su nombre oficial, pero nadie la conocía ni la identificaba como una prolongación de la Calle Moya; tal vez por lo diferentes que eran ambas. El Moralejo era suburbial, torcido por la esquina, con la



cuesta que era un ventorrillo helado en invierno, con los ancianos vecinos que la habitaban en mayoría, como la abuelita más solitaria y misteriosa de la calle que vivía en la primera (o la última) casa del pueblo; estaba acostumbrada a verla

pasar, con su pelo peinado a ondas, amarillo y acartonado en un triste intento por conservar un rastro de la juventud; con su rápido andar y su eterno luto, sin pararse nunca a conversar con nadie. De ella había oído hablar alguna vez con tono raro -como hablan a veces los mayores cuando no quieren que los niños oigan lo que dicen- sin que nunca llegase a descifrar el misterio que podía haber en la vida de esa anciana solitaria; otra de esas dudas que nunca tenían respuesta y quedaban siempre a flor de piel.

Fue, como siempre, el transcurso del tiempo, el que me dio alguna pista de la azarosa vida que tuvo la ancianita vecina; oí hablar de los días turbulentos en los huyó de la guerra y vivió oculta en una

cueva que desde entonces lleva su nombre. Es ahora, cuando siento el paso del tiempo como una pesada losa que cae y deja ocultas -sin remedio y para siempre- historias que tal vez por la imaginación, ayudada a su vez por el cine, las novelas y los retazos de historia que hemos podido entender, dan a esas vidas calladas un valor de pérdida irremediable, de argumento de novela desperdiciado, de envidiar una máquina del tiempo que nos lleve a vivir aquellos días de nuevo, sólo para escuchar atentamente las historias, los cuentos, las vidas que tal vez hoy podrían parecernos miserables, pero que estaban llenas de una sabiduría que no tenía escuela; ancianos curtidos por el trabajo, el hambre y la guerra.

Así era mi abuelo Miguel, que sin ideales ni ardor guerrero estuvo en el frente y jamás contestó a la única pregunta que siempre le hice: ¿mataste a alguien en la guerra?, tal vez nunca respondió porque de lo único que podía hablar era de hambre, penurias, piojos y menú de lagartos y serpientes o tal vez, calló avergonzado por alguna bala que salió de su fusil. Él me enseñó a no usar la palabra hambre, y siempre deseó que jamás la emplease con toda su trágica magnitud; también otras muchas lecciones de las que entonces me reía y que el tiempo me ha enseñado a valorar y que yo ahora repito a mi hijo, él también se ríe, pero sé que no caen en saco roto. Todos ellos, que sin haber tenido maestros, eran educados y respetuosos y sabían sólo de lecciones de vida; en aquel tiempo en que la existencia se regía por cuatro normas fundamentales, establecidas sólidamente cuando las fronteras estaban claras y el mundo era demasiado grande como para entenderlo. El pueblo era el centro, lo único, lo verdaderamente real, lo que veían al nacer y lo último que veían al morir; sintiendo algo más profundo de lo que nadie sentirá jamás en los días modernos: un intenso amor que les unía a la tierra, su tierra, de la que probablemente jamás salieron, tal vez alguna temporada para ir a recoger otros frutos en tierras más generosas.

Los ancianos vecinos de la calle, vivían en casas blancas y viejas también, con suelos de piedra y tierra, con paredes blanqueadas que eran todo lo contrario de lisas; en ellas colgaban los cuadros que ya eran antiguallas cuando ellos se casaron y reproducían imágenes de señoras con trajes de época, bodegones y paisajes repetidos en casi todas las casas del pueblo y que solían tener, encajadas en las esquinas

de los marcos, fotos antiguas de los padres o los abuelos, recuerdos color sepia arrugados, con los bordes troquelados y con alguna esquina rota, niños y ancianos vestidos con traje de domingo y que aún así, parecían perennemente pobres, como si no pudiesen deshacerse nunca de la marca de la miseria y el hambre. Niños con cara asustada y orejas enormes, caras de miedo, posando temerosos ante el retratista; jornaleros prematuros, niños yunteros que sólo conocieron el trabajo en el campo y no disfrutaron de muchas alegrías. Los abuelos tenían también fotos -ya en color- de sus hijos y sus nietos, los que nacieron fuera y casi no vienen; con suerte, una vez al año, en verano, y cuando vuelven ya casi no se reconocen y a veces, los nietos no abrazan a esos abuelos desconocidos como ellos esperan.

La otra calle Moya, la que empezaba cuando subías la cuesta y doblabas la esquina, era ¡tan diferente!, tanto como todo lo contrario: las casas eran grandes y señoriales; allí había dos tiendas, una enfrente de la otra, ambas tenían un pequeño escaparate -que era de los pocos que puedo recordar en todo el pueblo- En una de las tiendas vendían telas, combinaciones y fajas; recuerdo el olor de los paños con apresto y la manera en que la dependienta, María “la de Mateo”, medía con una vara los metros de tela y la rasgaba luego de un fuerte tirón. Un burrito blanco de plástico era lo que más me gustaba de su escaparate, estaba allí porque ese era el nombre de la tela que vendía para coser sábanas; me paraba en la vitrina y lo miraba siempre un rato cuando iba y cuando volvía de algún sitio y pasaba por allí. No sé si un día me lo regaló o sólo lo soñé.

La tienda de enfrente, la de Joselito, no recuerdo muy bien qué vendía, tal vez porque en su escaparate no había nada que me interesara. Unas casas más abajo, había otra tienda, debía ser minúscula, porque la recuerdo ya pequeña; a veces la visualizo en mi memoria con nitidez, al pasar por alguna tienda de ultramarinos y respirar el mismo olor que tenía la tiendecita de Juan “el de las vacas” un olor rancio, pero no desagradable, mezcla a partes iguales de los aromas que desprendían los arenques ahumados que exponía en una caja redonda de madera, todos arrimados, brillantes, en perfecto orden radial; los bacalaos salados, colgando de los ganchos; las legumbres a granel, el queso y los embutidos, los dulces y especialmente las

galletas de canela y los caramelos de nata, que guardaba, como las demás golosinas que vendía, en tarros de cristal con enormes tapones enroscados. También se vendía el tabaco en esa calle; en la esquina estaba el mini-estanco, que sólo era puerta y mostrador; aún la ley permitía que los niños pudiéramos ir a comprar los paquetes de tabaco para los adultos; yo iba alguna vez y disfrutaba del secreto que me contó mi padre: me dijo que la dependienta estaba sorda y era inútil gritarle, que bastaba con mover los labios y ella entendería lo que le pedías; la primera vez lo hice con miedo, sólo articulando la marca del tabaco sin voz, ella me entendió perfectamente y ya siempre me pareció emocionante hacerlo.

El Moralejo era muy especial: primero porque tenía una sola acera; enfrente de las casas había árboles y lo que entonces a mí me parecía un enorme precipicio que daba a los huertos, era terrible que se nos cayera la pelota allí porque un perro con muy mala leche –que una vez me mordió– guardaba la finca. Era definitivo también el hecho de ser la primera calle del pueblo –o la última, depende de si quien pasaba por allí llegaba o se iba– Ese era el motivo por el que además de quienes vivíamos allí, pasaran también todos los que iban a los campos a trabajar, los que recogían en verano la capota y de regreso, paraban en el almacén donde la compraban y por aquellos días se llenaba la calle con ese olor ácido y salobre que desprendían los frutos de la alcaparra al ponerlos en salmuera. Los recolectores venían sudorosos y extenuados por el calor, con las talegas repletas y salían de allí con lo que a los niños nos parecía una fortuna, sobre todo si habían cogido mucha de la pequeñita, que debía tener un tamaño determinado que la dejara pasar por los agujeritos de la criba; esa era tasada a un precio elevadísimo: de billete de color verde.

El rebaño de cabras pasaba todos los días por la mañana, cuando la manada salía al campo y por las tardes cuando regresaba; oíamos la orquesta de cencerros con que avisaban de su llegada y nos apartábamos para dejarles paso y después ver el reguero de bolitas negras que dejaban. Pocas personas eran visitas habituales; como era el caso de Elena, la comadrona, que cuando no se trataba de un parto o una visita de cortesía, era una de las llegadas más temidas: aparecía con su maletín diabólico lleno de instrumentos de tortura; venía a poner una inyección. Comenzaba el ritual cuando sacaba aquel

infiernillo de alcohol que encendía hasta poner a hervir una cajita metálica y ovalada donde estaba la jeringuilla de cristal; a su debido tiempo la sacaba y le ajustaba una de sus terroríficas agujas de las que tenía una pequeña colección, todas amenazadoras y puestas en fila esperaban para ver cual sería la elegida; pinchaba la aguja en el tapón de goma del botecito y extraía el medicamento, daba unos golpecitos en el cristal de la jeringa y liberaba un pequeño chorrito; llegaba entonces el momento en que las emociones podían oscilar entre el terror, si tu trasero era el destinatario de la dosis, o la tranquila fascinación que producía contemplar el ritual cuando el dardo era para otro.

Los días que no había colegio notábamos más elementos que formaban parte de la vida cotidiana del pueblo, era entonces cuando veíamos pasar al basurero, por las mañanas avisaba con la trompetilla de su llegada para que las mujeres se apresuraran a sacar los cubos con la basura. Venía acompañado por un mulo que usaba zapatos y tiraba de un extraño carromato verde con forma de casita; por la abertura que había en la parte superior, en el de tejado, José, el basurero-jardinero, con su cuerpo pequeño y deformado que no sabía de minusvalías, tiraba la basura. Otros días aparecía el hombre de la cesta, la llevaba siempre colgada al hombro y se asomaba por las casas ofreciendo accesorios de latón para las cocinas: cubiertos y aceiteras relucientes además de los hules que acarreaba enrollados en cañas. También aparecía de vez en cuando y andando apresurado el señor del gas, que siempre llevaba enrollado y colgando del hombro el inconfundible rollo de gomas de color naranja con las que sustituía las instalaciones caducadas.

Las estaciones se sucedían lentamente; y era así, un día de pronto, que notaba la llegada de la primavera porque vestía sólo una camisa ligera; de la misma manera algo más cambiaba; los días se hacían más claros y cálidos, hacíamos excursiones al campo y todo estaba lleno de flores: las lilas, de las que no sabías si te gustaba más el olor, el color o la fascinante reunión de minúsculas florecillas de que está compuesta; las margaritas, siempre sometidas a la tortura del “me quiere, no me quiere”, las amapolas, tan delicadas, con las que nos enseñaron a fabricar monaguillos de hábito escarlata y capa verde;

las rosas, reinas del aroma, el estilo y la clase, la más distinguida de las flores; El no menos hermoso y siempre despreciado por su abundancia y vulgaridad: el jaramago, bello por su exuberancia y el efecto de manto amarillo, luminoso y chispeante que daba a los campos; la túnica de violetas moradas, que cubría el corral de mi abuela y lo recargaba con aquel perfume denso, que por un tiempo disimulaba el olor de las conejeras. Con todas las flores hacíamos ramilletes y los ofrecíamos a la Virgen, que en su altarcito celebraba en Mayo su mes glorioso; todas las tardes era visitada con rezos y canciones.

Alegría, color y perfumes son los recuerdos de esas tardes que, al fin y al cabo, no eran más que la exaltación de la primavera y la belleza; el adiós al los largos y oscuros meses del invierno, la bienvenida a los días alegres y luminosos, la llegada de acontecimientos especiales: la proximidad de las vacaciones y especialmente las comuniones; uno de los eventos más deseados de la niñez; el día en que cada uno de nosotros era el protagonista y todos hacían grandes esfuerzos por hacerlo especial y sacarnos por unas horas de las privaciones; un día en que podíamos beber los refrescos que quisiéramos y todos nos daban dinero y por una vez podíamos comprar todos los polos y pasábamos el día entrando y saliendo en la tienda de Eugenio y Emilia, pensando que el paraíso del que nos hablaban en la catequesis debía parecerse mucho a eso...

Fue aquella manera de vivir la religión motivo de pequeños dramas, de la aparición de imperceptibles grietas en la inocencia y del inicio de los primeros recuerdos impregnados de culpa y pecado. En aquellos días en que la religiosidad llenaba los domingos, cuando la madre nos mandaba recién lavadas, con el vestido nuevo y el pelo suelto –coquetería esta de la que sólo disfrutaba los domingos- a misa, y a veces pecaba, porque hacía menos de dos horas que había desayunado y tomaba la comunión; no obstante ya arrastraba la culpa, más grave aún, de otra mentira que ineludiblemente me condenaría al infierno por pecado mortal: sucedió durante las clases de catequesis, cuando aquel sacerdote con apodo de bandolero nos obligó a todos a confesar que sólo queríamos hacer la comunión porque recibiríamos el Cuerpo de Cristo y no por el vestido -que realmente era lo que me hacía feliz- en el fondo de mi alma, creyente y temerosa, sentí culpa y

miedo por desear que por una vez mis ilusiones se hicieran realidad.

La primavera era el preámbulo del verano, entonces la vida del pueblo se multiplicaba y se llenaba de vida; el colegio se acababa con las representaciones, los bailes y teatros que habíamos preparado durante el curso, allí empezaron a recrearse muchos sueños de artista. Con el curso por fin acabado llegaban largos días de juego y diversión, nos hacíamos dueños de las calles en las que los coches, apenas interrumpían los juegos; días en los que sólo existía el presente y uno tras otro se deslizaban como un mágico enigma de luz y calor, de bullicio y multitud, salidas nocturnas a “La Plaza” con consumición y promesa incluida de no aparecer más y con suerte alguna tapa que sabía a gloria -sólo por comerla en el bar-. No había entonces chantajes ni caprichos, tampoco niños melindres que usan la comida como arma; con una mirada del padre ya sabíamos a que atenernos; eran pasmosos los matices de aquellas miradas que se podían traducir por: “puedes coger UNO”... “¡ni se te ocurra coger nada!”... “¡a la calle y no vuelvas a aparecer por aquí!”...y todos obedientes y encantados. Éramos así porque entonces los niños respirábamos libertad; los padres no vivían atemorizados por los peligros que acechan ahora la vida de los chavales de las ciudades, no era necesario acompañarnos a los sitios ni darnos clases de educación vial, tampoco advertirnos de que ahora sí que hay verdaderos “hombres del saco” a los que hay que tener miedo real. No éramos esclavos de los horarios ni de las clases de actividades extraescolares. Cosas tan importantes que valoro como un bien precioso y que me gusta regalar a mi hijo los pocos días en los que es posible, intentando hacer que disfrute esa sensación y su infancia lleve un sello que le haga querer volver siempre al pueblo de su madre.

Todos los cambios eran bienvenidos en nuestras vidas, reducidas a la costumbre y la monotonía de los días que pasaban sin que nada especial perturbara su sosegado transcurso. La llamada de mi tío, era uno de los acontecimientos más esperados, telefoneaba a la casa de M^a Josefa “la de Adolfo” y Leonor, las únicas que tenían teléfono y cual locutorio, todo el vecindario recibía allí las llamadas importantes. Vivían en la casa que estaba justo en la esquina del Moralejo y tenían el privilegio de estar en la intersección de las dos mitades de calle, desde arriba veían la parte donde yo vivía y a su

nivel quedaba la calle Moya. Las vecinas solícitas y serviciales avisaban a gritos de la llamada telefónica y mi abuela subía corriendo la cuesta; la cita era para anunciar su llegada, mi tío venía de Barcelona a pasar las vacaciones en el pueblo, la visita suponía el reencuentro esperado durante todo el año; el ansia de su llegada se traducían en una tensa espera en la calle, donde mirábamos la primera curva desde la que se veía el pueblo, sabiendo que el color de su coche era granate y viendo como pasaban uno tras otro los vehículos, hasta que llegaba él, con una mezcla de alegría y emoción, de cariño y regalos le recibíamos con auténtico júbilo.

Esos días eran muchos los coches que llegaban al pueblo y todas las casas se llenaban de gente. Nosotros abandonábamos a nuestros amigos o tal vez ellos nos habían abandonado antes porque habían llegado sus primos. De manera inmisericorde dejábamos de hablarnos y de jugar, el interés y la atención la tenían ahora otras cosas: las nuevas. Jurábamos que ya nunca seríamos amigos después de eso, sin saber que en septiembre, en un momento, todo volvería a la normalidad y en un segundo todo se habría olvidado.

Llegaban los veraneantes con sus maletas cargadas de regalos y de misterio, hablaban de otra manera y de otras vidas en otros lugares donde había mar y áticos. Yo los envidiaba por la ropa que usaban, por vivir en una gran ciudad con edificios de más de diez pisos, porque pasaban el verano en la calle, en la piscina y tapeando en los bares, porque tenían radiocasete y lo llevaban de aquí para allá, siempre escuchando a Peret y Antoñita Peñuela; y ahí estábamos nosotros, que sólo teníamos una enorme radio roja que sintonizaba apenas unas pocas emisoras que salvábamos de entre los chasquidos, pitidos y emisoras árabes que se oían cuando el sintonizador recorría el dial.

Siempre con ese complejo de inferioridad: por no conocer el mar, por heredar la ropa pasada de moda de los hermanos mayores, por hablar andaluz y no usar las “eses”, por no ir de vacaciones a ningún sitio...envidia y celos traducidos en una fascinación que tardaría muchos años en transformarse y dar paso a comprender lo que fue emigrar, lo que supuso a casi toda una generación coger un día las maletas viejas y llevarse lo poco que tenían en cajas de cartón atadas

con cuerdas, ir a buscar otras oportunidades lejos de la ingratitud y la miseria del campo, huyendo de convertirse en el reflejo de los padres y los abuelos, viejos y pobres, con las manos encallecidas y la piel curtida por tantos inviernos y veranos a la intemperie; tal vez alentados en la aventura por otros que se fueron antes y escribían cartas que empezaban siempre con: “Te escribo estas cuatro letras...” o “Por la presente, estamos bien...G.A.D...” en las que hablaban de progreso, de fábricas, de prosperidad, contratos y salarios, de la fortuna que sonreía y de oportunidades para todos.

De los que se fueron, pocos triunfaron; algunos se han convertido en empresarios con éxito, aunque tal vez a uno de ellos le habría gustado que en aquellos tiempos le hubieran dado la oportunidad de ir a Operación Triunfo y hacerse cantante famoso en lugar de tener un próspero negocio de grúas.

Pasado el tiempo y liberados ya por fin del complejo de inferioridad, hablando orgullosos el andaluz aquel del que nos avergonzábamos, después de salir al mundo, ver el mar, vivir en un piso, estudiar, leer; es cuando pudimos conocer la realidad de otras vidas y apreciar el valor de lo que teníamos entonces. La fascinación que sentíamos desapareció al saber de duros trabajos en cadenas de montaje, en supermercados y fábricas; de vidas en tristes barrios obreros, periféricos y desangelados; vidas normales, tal vez parecidas a las nuestras de ahora, amarradas a una tierra que tal vez con el tiempo aprendes a querer; a la que el destino te envió, pero sin poder evitar en la mirada la tristeza al recordar el cielo tan azul, los olivares y las estrellas que no podemos ver.

Muchos se fueron entonces, mis padres se quedaron, no sabían en aquel momento que me habían hecho el mejor regalo que sin saber podían hacerme, nacer y vivir en el pueblo. No hay obsequio mejor que la infancia que tuve: sin mar, pero con montañas; sin edificios altos, pero con calles para jugar; con montones de primos y abuelo con borrica, que por las tardes esperaba en la esquina a que subiéramos corriendo y nos montaba en la burra “Valenciana” que venía de la huerta con los serones cargados de sandías, melones, albarillos o tomates; mi abuelo descargaba todo con una enorme satisfacción en la cara, no por lo bueno y lo frescos que parecían, ni

por el olor de los tomates recién arrancados y tampoco porque estuviera deseando probarlos, eso a él le era indiferente. El orgullo de su cara reflejaba la satisfacción que sentía al final del proceso, cuando recogía los frutos que durante meses había cuidado, empezando con la siembra que muchas veces observé cuando íbamos con él al huerto - así descubrí el milagro de como de una semilla salen mil y aquello que nunca entendí, que una era la de “la cruz”- Seguían después meses de riegos y cuidados a “la planta”, me encantaba mirar cómo regaba las hortalizas y dejaba correr el agua por los surcos, sabiamente conectados con los caballones, abría unos y cerraba otros cuando el agua ya rebosaba y era rápidamente absorbida por la tierra sedienta del verano.

Con mi abuelo -el que antes de combatiente fue porquero y después jornalero en los cortijos, recogiendo aceituna en invierno y con la siega en verano- disfruté de las tardes de agosto en la “Era La Quinta”, subida en el trillo tirado por las bestias, dando vueltas sobre “la parva” extendida en la era y después, ablentando la mies con una horquilla de madera para separar el grano de la paja, aunque lo único que hacíamos era llenarnos los ojos de polvo; ningún juego podía ser más divertido. Él tenía la paciencia y el amor suficiente hacia nosotros como para dejar que le acompañáramos, a pesar de ser seguramente un estorbo más que una ayuda. Le gustaba contestar cuando le preguntábamos, en esa época en la que para un niño todo son preguntas y cargado de una paciencia infinita contaba los motivos por los que no regaba los melones, pues a mí me había parecido una injusticia que se los saltara del turno de riego, decía que hay plantas que como los melones, necesitan pasar sed para ser luego más dulces; así convencida por su sabiduría creía en todo lo que nos contaba, a pesar de que muchas veces se reía de uno de nosotros y nos hacía bromas, entonces guiñaba un ojo como señal de complicidad para los demás y ya nos hacía siempre dudar de si lo que contaba era cierto o no; nos engañaba cuando decía que saliéramos a la calle para ver si veíamos salir la torta de las “gachasmigas” por la chimenea cuando, como el mejor de los malabaristas, la volteaba en la sartén.

Antes de lo que deseábamos, esta vez sin bullicio ni fiesta, en silencio y de madrugada, llegaba la hora del regreso de los veraneantes a sus ciudades; se iban dejando las casas sumidas en un

doloroso silencio, que ahora era extraño, en el que las ausencias se hacían insoportables. Ese día todos se enfrentaban al mutismo y el vacío que se había instalado en las calles, sustituyendo al ir y venir de locura de los días pasados. Poco a poco la quietud se volvía a hacer cotidiana, al mismo tiempo que los días se acortaban y se hacían más frescos; nos reconciliábamos con los amigos y poco después volvíamos al colegio, con la ilusión renovada, que duraba lo que el olor de los libros nuevos y el aroma de la goma de nata; sólo unos días, hasta que las jornadas se acostumbraban a la invariabilidad del curso, a la alegría y los entrañables momentos que vivimos junto a aquellos profesores que nos iniciaron y dejaron una huella de sabiduría y amor en nosotros. También por desgracia, recuerdo el terror que algunos de aquellos maestros, indignos de tener esa profesión, nos hicieron sentir. Ahora, con la visión que deja el paso del tiempo, siento un profundo rencor por los castigos a los que nos sometían, con ese poder dictatorial, abusivo, déspota y casi teñido de comportamientos psicópatas que aliviaban en nosotros. Por aquello de hacer entrar la letra con sangre y humillaciones, sólo lograron que tuviéramos aversión por lo que querían enseñar y nada más nos queda de ellos: sólo la satisfacción de haber olvidado casi todo lo que nos quisieron enseñar.

Nuevos cursos siguieron, nuevos inviernos con alguna nevada que nos sorprendía una mañana al abrir la ventana o cuando nos despertaban contagiándonos ya la alegría de la nieve y ese día ya era una fiesta de juegos y migas. Época de matanzas, con los chillidos agónicos de los cerdos y el olor a cebolla y lumbre que llenaba todos los rincones; también de recogida de aceituna, el más duro de los trabajos del campo, aunque también sabíamos darle un punto de diversión y casi convertirlo en un día de excursión, eso si no hacía demasiado frío o demasiado viento. Con todos los arreos: las lonas, las varas y la criba encima de la burra, empezaba el día; con la escarcha en el suelo, el olor del tocino asado del almuerzo y los chorizos de la fiambra, las manchas de aceitunas machacadas y su aroma, ancestral perfume mezclado con sudor, que impregna aún las vidas de los aceituneros.

Cuando la infancia ya casi me abandonaba, la vida me llevó a otros lugares; ahora soy yo la que va de vacaciones al lugar de la

niñez. Vivo en un pueblo en las afueras de una gran ciudad, cerca del mar, sin montañas, donde apenas se ven unas pocas estrellas y donde se habla otra lengua. Yo siempre quiero volver, no quiero perder mi acento sin “eses” y cada vez regreso con la misma ilusión. En un momento, al pasar el tren Despeñaperros, el paisaje ya es sólo olivar y sale corriendo a mi encuentro la niña que fui y dejé, completa ya, respiro hondo al ver tras la última curva la imagen de las casas, la Iglesia y las montañas. Llega el momento de la alegría, el reencuentro, siempre emocionado, siempre con la esperanza puesta en que el pueblo recupere a los que ya no vuelven, a los que vuelven poco y nunca olvide a los que se fueron para siempre; que no deje de luchar por ganar el espíritu que nos une y sea un lugar donde no tengan que convivir las ideologías, sino las vidas; donde la fraternidad no sea llamada sólo por el toque cadencioso y lento de las campanas de la muerte, cuando se lleva a alguien de una forma demasiado prematura, o demasiado cruel; donde la unión y la alegría no tengan que vestirse de grandes galas y poder salir, un día cualquiera, sin motivo especial, sólo por la satisfacción de sentir que cualquier jornada es única y valiosa; donde la comunicación no consista en unirme en un segundo, de norte a sur, porque un chismorreó que en otro sitio pasaría desapercibido, aquí siempre toma tintes de tragedia.

Sé que está allí, en la casa que lentamente se deteriora, pocas veces habitada ya; ocupando su sitio de siempre, en el centro de la habitación abuhardillada con techo de vigas de madera; la cama, desheredada ya de nosotros; en el cuarto solitario y frío donde, a ciegas, intuye el paso de las estaciones, oyendo el golpeteo de la lluvia en las tejas, llenándose de polvo y cediendo paso a la herrumbre que poco a poco la consume, sin brillo en sus bolas doradas, sin vida; sintiendo resonar los ecos de las risas y los sueños que la habitaron, añorando el calor de los cuerpos en las noches frías de invierno cuando ya sólo se oyen los maullidos lastimosos de los gatos.